

# La Piedra del Sol ¿en París?

MARIE-FRANCE FAUVET-BERTHELOT, LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

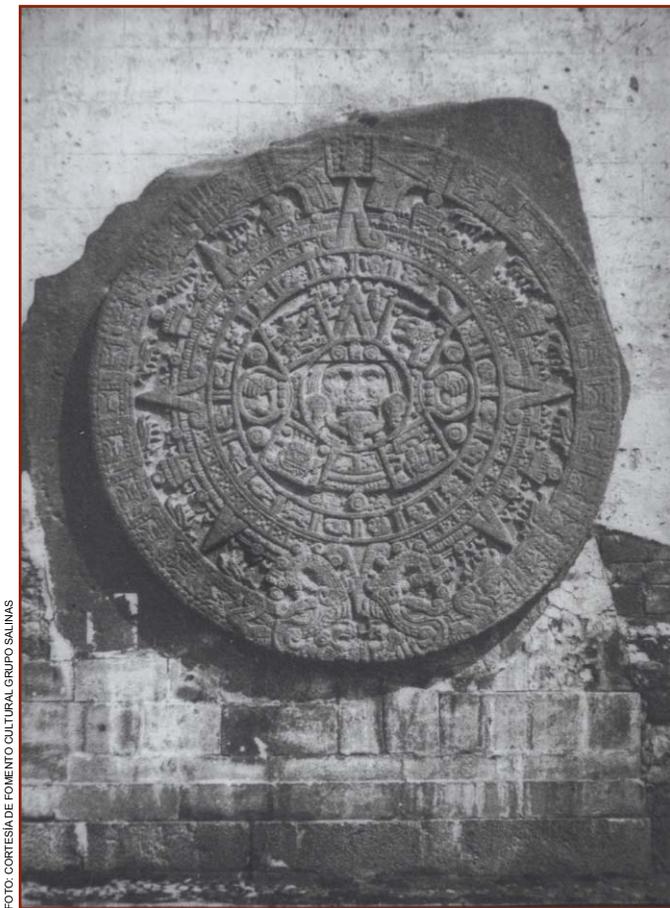


FOTO: CORTESÍA DE FOMENTO CULTURAL GRUPO SALINAS

La Piedra del Sol en el flanco poniente de la torre nueva de la Catedral metropolitana. Calendario Azteca, Claude Désiré Charmay, 1859. Colección Grupo Salinas.

**Entre julio de 1791 y agosto de 1885, el mal llamado Calendario Azteca estuvo expuesto a la vista de los transeúntes en la torre poniente de la Catedral metropolitana. Su silenciosa pero imponente presencia fue motivo de curiosidad, admiración, interés científico e, inclusive, codicia. En este sentido son sorprendentes las cambiantes actitudes ante el monolito de Édouard Pingret y Léon Méhédin, dos artistas franceses que residieron en México en la segunda mitad del siglo XIX.**

## México, 1850-1854

A los 62 años de edad y debido a razones económicas, Edouard Henri Théophile Pingret (1788-1875) decidió emigrar de París para buscar fortuna en México valiéndose de sus dotes artísticas. Tal y como lo narra su biógrafo, el arquitecto José Ortiz Macedo, este pintor oriundo de Saint Quentin se había formado desde la adolescencia en los talleres de dos célebres abandonados de la escuela neoclásica: Jacques-Louis David y Jean-Baptiste Regnault. Ya en su madurez, Pingret alcanzó cierta notoriedad —aunque no la esperada por él mismo— por su retrato del rey Louis-Philippe y por una serie de cuadros costumbristas elaborados durante un viaje por el norte de África.

En 1850, Pingret desembarcó en el puerto de Veracruz y realizó estancias sucesivas en Xalapa, Córdoba y Orizaba. Al llegar a la capital de la joven nación, rápidamente supo introducirse en los medios políticos más influyentes y obtener encargos importantes, entre ellos la realización de los retratos del general Mariano Arista, del arzobispo de Puebla y de algunos familiares de Antonio López de Santa Anna. Pero si Pingret es bien conocido en la actualidad, se debe más a sus óleos sobre la vida cotidiana, algunos de los cuales se expusieron en la Academia de San Carlos en 1853 y forman hoy parte de las colecciones del Banco Nacional de México.

Como muchos extranjeros de aquella época, Pingret pronto quedó cautivado por las antigüedades prehispánicas. Una abundante información aún inédita nos habla de sus estrategias de adquisición de objetos arqueológicos, del contenido de su colección y de sus distintos proyectos para el Musée des antiquités mexicaines del Louvre, posteriormente llamado Musée des antiquités américaines. En los archivos centrales de los Musées nationaux de France se conservan numerosas cartas que el pintor envió a las autoridades de dicha institución de 1851 a 1855 y de 1863 a 1866, así como un bello manuscrito con acuarelas que describe los principales objetos de su propiedad (AMN. A5-1864). Además, el Musée du quai Branly de París adquirió en 2001 un segundo ejemplar con variantes del mismo manuscrito (MQB 70.2001.33.1) y, en 2005, un cuaderno de dibujos (MQB 70.2005.8.1) también de piezas colectadas en México.

A través de amigos como Ernest Masson, un rico paisano suyo vecindado en Tacubaya, y del español Lorenzo de la Hidalga, el arquitecto favorito del gobierno de Santa Anna, Pingret reunió en unos cuantos años cerca de 2 000 objetos de cerámica, piedra, madera y metal, muchos de los cuales eran burdas falsificaciones producidas por una industria local ya entonces floreciente. Con cinismo, informa en una de las cartas dirigidas a las autoridades francesas que “el profundo desinterés de los mexicanos por las antigüedades de su país alienta la esperanza de procurarse de ellas a bajo precio” (AMN. A5-1851).

## El interés de Pingret por las réplicas

Al enterarse por la prensa parisina que dentro del mismísimo Louvre había abierto sus puertas en 1850 el Musée des antiquités mexicaines, Pingret tuvo la idea de elaborar para la nascente institución tres réplicas de los monolitos prehispánicos más insignes. El pintor lo hizo convencido, pues en su manuscrito afirma con vehemencia: “La utilidad de las copias es... incontestable. Los gobiernos que se han sucedido en Francia desde [17]89 han promovido esta parte de las artes” (MQB 70.2001.33.1: 35). Y en una carta del 4 de noviembre de 1851, enviada desde México al conde de Nieuwerkerke, director de museos, le sugiere que “sería muy preciado para el museo de París y para los estudios de la ciencia hacer tomar las improntas del gran calendario azteca [la Piedra del Sol], del altar de los sacrificios [la Piedra de Tízoc] y del famoso ídolo Teoyatimiqui [la Coatlicue], antigüedades que están muy bien conservadas. Yo lograría hacerlas moldear y le enviaría a usted los moldes o sus vaciados en yeso” (AMN. A5-1851). En el margen de esta misiva, Pingret precisa: “Estas antigüedades fueron moldeadas en 1820 por un amateur inglés que hizo él mismo moldes muy incorrectos. Yo tendré aquí a un especialista milanés”. Es claro que el pintor se refiere aquí a las imperfectas réplicas que elaboraron el *showman* británico William Bullock y su hijo en 1823 para su exposición del año siguiente en el Egyptian Hall de Londres. Gracias a las pesquisas de Kristaan Villela, sabemos que de estas últimas solamente ha logrado sobrevivir la sección central de la Piedra del Sol, la cual se encuentra en las bodegas del National Museum of Scotland en Edimburgo.

En la misma carta de Pingret, otra anotación marginal nos da detalles sobre sus planes para transportar las futuras réplicas hasta la capital francesa: “El calendario sería dividido en 8 o 12 partes, la piedra del sacrificio igualmente y el ídolo de la guerra en dos partes. Los gastos de transportación de México a Veracruz en servicio ordinario, son 20 días de esto; por mar, navío de vela, cuyos gastos son poco considerables, dos meses de travesía”.

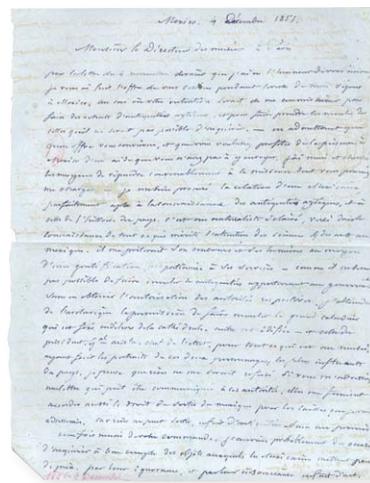
Un mes más tarde, el 4 de diciembre de 1851, Pingret envió otra carta a Nieuwerkerke para ofrecerle sus buenos oficios en la compra de antigüedades mexicas y para preguntarle una vez más si prefería moldes o vaciados de los tres monolitos en cuestión, indicando que los primeros le parecían preferibles (AMN. A5-1851). En cuanto a los permisos, lo previene:

Como no sería posible hacer moldear las antigüedades que pertenecen al gobierno sin obtener la autorización de las autoridades respectivas, yo conseguiría del arzobispo el permiso para elaborar el molde del gran calendario que está fijado fuera de la catedral, contra el edificio, y el del presidente, general Arista, jefe de estado, para todo lo que se encuentra en el museo; habiendo hecho los retratos de ambos personajes, los dos más influyentes del país, pienso que nada me sería rechazado si usted me envía una carta que puede ser transmitida a estas autoridades, quienes me concederían también el derecho para sacar de México las cajas que le enviaré, porque ninguna antigüedad puede salir sin permiso.



Posible retrato de Edouard Pingret pintado por Ernest J.A. Girard, 1845.

REPROGRAFÍA: RAICES



Carta enviada por Edouard Pingret desde México al conde de Nieuwerkerke el 4 de noviembre de 1851.

FOTO: ARCHIVOS CENTRALES DE LOS MUSÉES NATIONAUX DE FRANCE, PARIS (AMN. A5-1851)

El asunto parecía simple, tal y como nos deja ver el manuscrito: “Había en aquel momento, en 1852 en México, un escultor Thierry, quien me había propuesto los moldes de las 3 o 4 antigüedades mexicanas más curiosas para enviarlas al Louvre, y no me pedía más que 500 o 600 francos para hacerme los trabajos” (MQB 70.2001.33.1: 59). Para concretar el ansiado proyecto, Pingret llegó al grado de proponerle a Nieuwerkerke adelantar él mismo el dinero necesario, en presencia del embajador francés, con el fin de evitar gastos extra y retrasos. Pero, de manera inexplicable, no obtuvo una respuesta positiva.

Pingret insistió vanamente haciéndole ver “toda la importancia de tener en el Louvre un vaciado en yeso de este calendario... Yo le ofrezco el molde por 150 francos, hecho ante mis ojos por un especialista italiano”. Ante la total indiferencia del director de museos, optó entonces por dirigirse al ministro de instrucción pública, logrando lamentablemente los mismos resultados (*ibid.*: 58 bis). La impotencia y la amargura que esta situación le generó a Pingret se resumen en las siguientes frases de su manuscrito: “Injusticia flagrante. La dirección del Louvre no quiso dejar a un artista aislado, sin misión ministerial, sin título alguno a los ojos del director, el honor de deberle la introducción de un monumento del más poderoso interés para la ciencia” (*ibid.*: 57).

## París, 1863

Haciendo gala de una rara obstinación, Pingret retomaría el asunto de la Piedra del Sol 11 años más tarde, aunque ahora con un giro

inesperado. Recordemos que desde 1854 el pintor residía de nueva cuenta en París, tras haber dejado México en forma intempestiva a la vez que traumática. Ciertamente lo hizo obligado por la creciente inestabilidad política que vivía el país y por la caída en desgracia de muchos de sus mecenas; pero en su salida también influyeron la gran animadversión que su soberbia le había gran-

jeado ante el círculo de artistas de la Academia de San Carlos, el peligro inminente de ver confiscada su colección arqueológica y una acre disputa legal con el cónsul de Inglaterra, la cual lo había mantenido en prisión durante algún tiempo.

Es muy posible que un ejemplar del parisino *Magasin pittoresque* aparecido en enero de 1863 hubiera reavivado en Pingret su resentimiento hacia los mexicanos. Allí se publicó un breve artículo sobre la Piedra del Sol, “el monumento máspreciado de la antigüedad mexicana”, el cual alertaba de su precario estado. Se decía que, cuando Pal Rosti la había fotografiado, seguía “expuesta a las injurias del viento” y que su superficie mostraba ya “signos visibles de degradación”. De manera inobjetable se señalaba también: “Es verdaderamente deplorable que una pieza arqueológica de este valor no sea conservada dentro de un museo o que un cobertizo convenientemente erigido no la preserve de una lenta destrucción. A partir de las observaciones de un joven viajero húngaro, la autoridad local había prometido ocuparse de ello; el consejo no ha sido tenido en cuenta...”

Hubiese o no leído este artículo, lo cierto es que Pingret restableció en aquellos meses su intercambio epistolar con Nieuwekerke, ahora encumbrado en el puesto de superintendente general de Beaux-Arts des Musées impériaux. En una de sus misivas, fechada el 19 de septiembre de 1863, Pingret le propuso aprovechar la Intervención francesa (1862-1867) para apoderarse de una vez por todas del patrimonio arqueológico de la nación recientemente invadida: “Hoy que las armas francesas han conquistado México, el Museo Mexicano, abandonado en el polvo de los siglos, debe pertenecer a Francia; si no lo quieren dar a Francia, la administración de Beaux-Arts es suficientemente rica para adquirirlo. Si no quieren venderlo ni darlo a Francia, *ella deberá tomarlo*” (AMN. A5-1863).

Como es de suponerse, Pingret veía en la Piedra del Sol el máximo trofeo de este expolio, por lo que da a Nieuwekerke las claves para su obtención: “El movimiento del gran calendario será difícil de *Jalapa-Puebla*, hasta *Veracruz*, pero de México a Puebla el camino es magnífico”. Y continúa sin escrupulo alguno: “La única persona que yo señalaría en México para ayudar a los embaladores en el transporte del calendario sería el Sr. Hidalgo, arquitecto de México, hombre muy hábil que ha hecho sus estudios en París”. Pingret

pone entonces en relieve los dotes de su viejo amigo, aludiendo al traslado en septiembre de 1852 del “Caballito” desde la antigua Universidad hasta el actual Paseo de la Reforma: “He

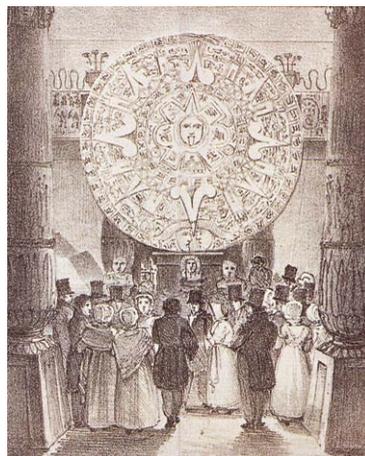
visto al Sr. Hidalgo transportar una estatua ecuestre de bronce, colosal, del centro de un patio cuya entrada era justo 5 centímetros mayor que la anchura del monumento y colocarla sobre un pedestal en el otro extremo de México, *en una sola noche*. El Sr. [ingeniero Apollinaire] Leba[s] no lo haría mejor”. Vale aclarar, empero, que esta maniobra había tomado en realidad 21 días.

Por último y para no dejar lugar a titubeos, Pingret hace hincapié en que el más célebre monumento mexicano no estaba “encajado” en la torre de la Catedral, como el general Élie-Frédéric Forey le había asegurado a Nieuwekerke, sino tan sólo “fijado” contra el muro por medio de ganchos. Y, para mayor prueba, agrega a su carta una fotografía ovalada con una vista de la Catedral tomada desde el suroeste, en donde él mismo había delineado con tinta la silueta de la Piedra del Sol...



Una página del manuscrito de Pingret con textos y acuarelas referentes a su colección arqueológica.

FOTO: ARCHIVOS CENTRALES DE LOS MUSÉES NATIONAUX DE FRANCE, PARÍS (AMN. A5-1864)



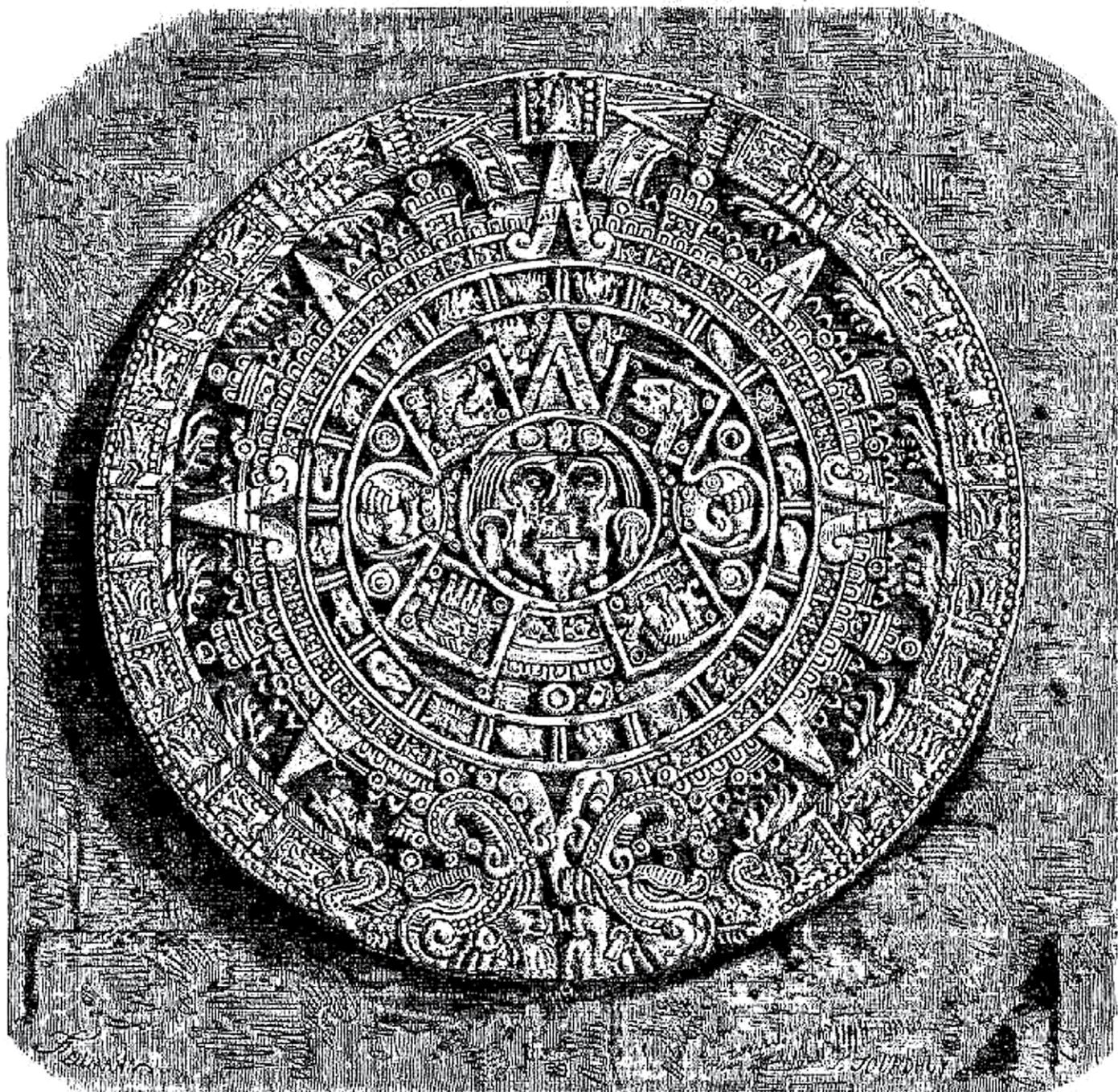
La primera réplica de la Piedra del Sol fue exhibida en el Great Room del londinense Egyptian Hall. Detalle del frontispicio de *A Description of the Unique Exhibition...*, de William Bullock, Londres, 1824.

REPROGRAFÍA: RAÍCES

fue quizás el más afectado. De acuerdo con el estudio de Frédéric Gerber y asociados, este arquitecto originario de L'Aigle llegó a la ciudad de México en marzo de 1865. Había sido nombra-

do “viajero de la comisión” en la sección de arqueología, más que por sus conocimientos en dicha materia, por sus habilidades artísticas y por haber registrado con su cámara fotográfica las grandes empresas militares de Napoleón III. Así había sucedido en Crimea en 1855-1856 y en Italia en 1859. Además, Méhédin era conocido por una estancia en Egipto durante la cual se dedicó a dibujar, fotografiar y hacer moldes de los monumentos antiguos de aquel país.

Después de varios intentos infructuosos, Méhédin logró finalmente neutralizar el poder ejercido por Ramírez, apelando ahora a la ayuda del mariscal François Achille Bazaine. A través de él, se agenció los salvoconductos indispensables para iniciar las actividades que le habían encomendado en París. Entre ellas se encontraba la elaboración de “improntas que reproduzcan en facsímil los principales mitos y los grandes ídolos de las religiones del altiplano del Anáhuac, algunos monumentos científicos,



Grabado de la Piedra del Sol publicado en el número de enero de 1861 de *Le Magasin pittoresque*.  
Elaborado por Fellmann a partir de una fotografía de Pal Rosti.

REPROGRAFÍA: RAICES

Fotografía que Pingret envió a Nieuwerkerke el 19 de septiembre de 1863. Junto a la Piedra del Sol dibujó una señal que remite a la leyenda “el calendario azteca fijado a la torre norte [sic por oeste] con ganchos”.

FOTO: ARCHIVOS CENTRALES DE LOS MUSÉES NATIONAUX DE FRANCE, AMINA5-1863.



así como el famoso zodiaco encontrado en esta plaza...” (Méhédin en Gerber *et al.*, p. 35). A decir de los miembros más eminentes de la Commission scientifique, tales réplicas servirían para establecer el grado de avance de las sociedades indígenas en su marcha hacia la civilización.

Méhédin se dio así a la tarea de moldear la Piedra del Sol. Entonces se enteró que Felipe Sojo, director de escultura en la Academia de San Carlos, había hecho poco tiempo atrás una pesada impronta de dicho monumento y que le había cobrado

unos 10 mil francos al marqués de Montholon, quien deseaba enviarla a Francia. Méhédin realizó entonces su propia impronta por menos de 100 francos y “lo suficientemente ligera para que un niño pudiera cargarla fácilmente”, tal y como lo declaró *L'Estafette*, un periódico francófono de la ciudad de México, el 17 de agosto de 1865. Para ello, se valió de un novedoso procedimiento conocido como “lottinoplastia”, en honor a su inventor, el orientalista Victor Lottin de Laval. En pocas palabras, ésta era una técnica para realizar moldes impermeables que permitían producir un



Parque de la Exposición Universal de 1867 en París. Al centro se localiza el pabellón concebido por Mehédin que evoca el Templo de las Serpientes Emplumadas de Xochicalco, Morelos.

FOTO: ARCHIVES NATIONALES, F/12/11884/1PIÈCE 1.



Fotografía del pabellón “Misiones científicas y artísticas de Léon Méhédin en los dos mundos”, erigido en el Campo Marte de París con motivo de la Exposición Universal de 1867. En el extremo derecho se observa la réplica de la Piedra del Sol.

REPROGRAFÍA: RAÍCES

gran número de reproducciones de alta precisión en yeso o en cemento romano. Dichos moldes tenían la virtud de ser muy económicos, pues únicamente se requerían recortes de papel que eran impregnados de gelatina, gluten y diversas materias grasas. Además, los moldes eran fáciles de elaborar, sólidos, muy ligeros y susceptibles de cortarse, de manera que sus segmentos se podían apilar dentro de contenedores para su debido transporte.

El mismo artículo de *L'Estafette* nos informa que Sojo, aprovechando que Méhédin estaba ausente por sus excavaciones en las ruinas de Teotihuacan, contrató a uno de sus empleados de apellido Thiboust con el fin de que elaborara una segunda impronta para la Academia, siguiendo en este caso el nuevo procedimiento. Tras un leve disgusto, Méhédin tomó el asunto con sorna: le quedaba claro que Thiboust desconocía el paso crucial de la lottinoplastia, en el cual se evitaba que el molde se desbaratara al menor contacto con la humedad por medio de su exposición directa al fuego.



La réplica de la Piedra del Sol elaborada por Méhédin estuvo expuesta hasta 2009 en la escalinata principal del Musée de l'Homme en París.

FOTO: ARCHIVO MARIE-FRANCE FAUVET-BERTHELOT

*in situ*, es el gran zodiaco de Tenotchtitlan, que presenta una superficie cuatro veces equivalente a la del zodiaco de Dendera y cuenta con alto relieves de gran perfección”.

Al concluir la Exposición Universal, esta réplica de la Piedra del Sol sufrió un devenir cambiante. Varios años estuvo arrumbada en casa de su autor. En 1880 le fue confiscada por agentes del Ministerio de Instrucción Pública y llevada al Observatorio de Meudon. De allí la trasladaron en 1881 al Dépôt des marbres y, dos años más tarde, al Musée d'Ethnographie du Trocadéro, lugar donde recibió el número de registro 2865 y quedó registrada como “le Zodiaque de la Cathédrale”. Décadas más tarde, en 1937, este recinto fue renovado diametralmente y rebautizado con el nombre de Musée de l'Homme. La réplica de Méhédin (MH 82.64.3) pasó entonces a ocupar un lugar de privilegio en la cara sur de la gran escalera, quedando así a la vista de todos los visitantes. Nuestra historia concluye con la muy reciente creación del Musée du quai Branly

del otro lado del río Sena. Por desgracia, la copia de la imponente escultura ya no tuvo cabida en el flamante proyecto: fue seccionada y almacenada en una bodega, donde esperará silenciosamente la llegada de mejores tiempos... ☀

## París, 1866-2010

Enfermo e informado de que las tropas de Napoleón III abandonarían a Maximiliano a su propia suerte, Méhédin decidió regresar a su patria a finales de 1866. Tan pronto como llegó a París propuso al Ministerio de Instrucción Pública edificar un pabellón dedicado a la Commission scientifique du Mexique en el marco de la Exposición Universal de 1867. Evidentemente, en él pretendía exhibir la totalidad de sus dibujos y sus fotografías, así como los vaciados en yeso de sus moldes. Pero el ministerio le negó el apoyo arguyendo falta de fondos, sin duda para tratar de olvidar el fracaso del ejército francés en su aventura mexicana.

Méhédin no se dio por vencido y se las ingenió para encontrar a un inversionista que aceptó financiar el pabellón, aunque ahora personal y pomposamente llamado “Misiones científicas y artísticas de Léon Méhédin en los dos mundos”. Se trató de un pastiche abominable inspirado en el Templo de las Serpientes Emplumadas de Xochicalco, el cual fue levantado sin grandes dilaciones en el corazón del Campo Marte. El visitante que deseaba ingresar a este recinto debía pagar un promedio de cincuenta céntimos a un guardia con sarape, esto a cambio de ver toda suerte de imágenes y réplicas elaboradas por Méhédin en Crimea, Egipto y México. A un costado del pabellón podía admirar un muy fidedigno vaciado en yeso de la Piedra del Sol, tal y como se aprecia en una fotografía de la época. El periodista François Ducuing, testigo de excepción, detalla al respecto: “En las inmediaciones del templo, se ve un monolito de la mayor importancia, reproducido en yeso a partir de los moldes hechos

- Marie-France Fauvet-Berthelot. Doctora en prehistoria por la Université de Paris I-Sorbonne. Miembro del Consejo de la Société des Américanistes de Paris.
- Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Université de Paris X-Nanterre. Miembro del Consejo de la Société des Américanistes de Paris.

### PARA LEER MÁS...

- ANÓNIMO, “Musée des antiquités américaines, au Louvre”, *Le Magasin pittoresque*, 1851, París, pp. 195-199.
- ANÓNIMO, “La Pierre du Calendrier Mexicain”, *Le Magasin pittoresque*, 1863, París, pp. 39-40.
- ANÓNIMO, “Encore le Zodiaque”, *L'Estafette. Journal français*, núm. 193, 17 de agosto de 1865, México, p. 2.
- DEMEULENAERE-DOUYÈRE, Christiane, “Le Mexique s'expose à Paris: Xochicalco, Léon Méhédin et l'Exposition universelle de 1867”, en *Histoire(s) de l'Amérique latine*, vol. 3, art. 3, 2009.
- DUHING, Fr., “Le Temple de Xochicalco”, en *L'Exposition universelle de 1867 illustrée*, E. Dentu, París, 1867, pp. 46-47.
- GERBER, Frédéric, Christian Nicaise y François Robichon, *Un aventurier du Second Empire: Léon Méhédin, 1828-1905*, Bibliothèque municipale, Rouen, 1992.
- LÓPEZ LUJÁN, Leonardo, “‘El adiós y triste queja del Gran Calendario Azteca’. El incansante peregrinar de la Piedra del Sol”, *Arqueología Mexicana*, núm. 91, 2008, pp. 78-83.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, Leonardo López Luján y Marie-France Fauvet-Berthelot, *Escultura monumental mexicana*, Fundación Conmemoraciones 2010, México, 2009.
- ORTIZ MACEDO, José, *Edonard Pingret. Un pintor romántico francés que retrató el México del mediar del siglo XIX*, Fomento Cultural Banamex, México, 1989.
- RIVIALE, Pascal, “La science en marche au pas cadencé: les recherches archéologiques et anthropologiques durant l'intervention française au Mexique (1862-1867)”, *Journal de la Société des Américanistes*, t. 85, pp. 307-341, 1999.
- VILLELA, Khristaan D., y Mary E. Miller (eds.), *The Aztec Calendar Stone*, Getty Research Institute, Los Ángeles, 2010.